





Revista Infantil Nacional  
**FAROLITO**

Directora:  
**EVANGELINA GAMBOA**

Administración:  
**GUILLERMO SOLERA R.  
ONDINA PERAZA**

San José — Costa Rica

### Sumario:

Tú, Señor .....	1
Canción del niño que vuela.....	2
Los números .....	3
Los cisnes salvajes .....	6
Nubes y olas .....	11
Página de los niños.....	15
Nana .....	16

**AGOSTO 1957**

Maderas: Francisco Amighetti.

**VALE:**

**NUMERO 5**

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

**¢ 0.20**

## CANCION DEL NIÑO QUE VUELA

El niño dormido está,  
¡y qué sueño está soñando!  
¿Qué sueña? Sueña que vuela,  
¡Qué bien se vuela soñando!

Abre los brazos, los mueve  
como un ave, y va volando...  
¿Qué sueña? Que no es un sueño.  
¡Qué bien se sueña volando!

En la cuna quieto está.  
Pero sonrío, soñando.  
¿Qué sueña? Que vuela, vuela.  
¡Qué bien se vuela soñando!

José Sebastián Tallón

# LOS NUMEROS



A la una, sale la luna;



a las dos, anda el reloj;



a las tres, anda el marqués;



**a las cuatro, anda el gato;**



**a las cinco, pega un brinco;**



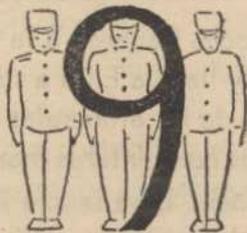
**a las seis, juega Moisés;**



**a las siete, el diablo se mete:**



**a las ocho, como un bizcocho;**



**a las nueve, nadie se mueve;**



**a las diez, pasa el ciempiés.**



## LOS CISNES SALVAJES

(Continuación)

Al aproximarse la noche llegaron a la magnífica capital, con sus iglesias y sus cúpulas. El rey llevó a Elisa a su castillo, donde surtidores de agua cantaban en medio de las altas salas de mármol, cuyas paredes y techos estaban recubiertos con pinturas maravillosas. Pero en vez de admirar toda esa magnificencia, Elisa seguía llorando y se desesperaba. Sin embargo, las damas del castillo la vistieron con trajes reales, entrelazaron perlas en sus cabellos y cubrieron sus manos heridas con guantes finos y suaves.

Estaba maravillosamente hermosa con su traje y todos los cortesanos se inclinaron delante de ella hasta el suelo, y el rey la eligió por esposa, a pesar de que el arzobispo movía la cabeza, murmurando que esta espléndida criatura de la floresta no era sino una bruja que encantaba con sus ojos y hechizaba el corazón del rey.

Pero el rey, sin hacerle caso, mandó tocar música y servir viandas exquisitas. Las jóvenes más bellas del país danzaron a su alrededor y condujeron a Elisa por los jardines perfumados y los salones magní-

ficos. Sin embargo, ninguna sonrisa apareció en sus labios ni asomó a sus ojos; sólo el dolor se mostraba en ellos constantemente.

Al fin el rey abrió la puerta de una pequeña habitación donde Elisa tenía que dormir; esta habitación estaba adornada con preciosas alfombras verdes, que reproducían exactamente la caverna de donde había salido. En el suelo estaba el bulto de hilaza de ortigas y del techo colgaban las túnicas que ella había tejido. Uno de los cazadores trajo todo eso como una curiosidad.

—Aquí podrás soñar con tu antigua morada—díjole el rey—; he ahí el trabajo que te tenía ocupada. Entre los esplendores que te rodean, te agradará pensar alguna vez en el tiempo pasado.

Viendo los objetos que tanto quería conservar, Elisa sonrió y la sangre coloreó sus mejillas. Pensó en la salvación de sus hermanos y besó la mano del rey, que la estrechó contra su corazón e hizo anunciar la boda al son de todas las campanas. La linda joven muda de la caverna sería la reina del país.

Es cierto que algunas habladurías llegaron a oídos del rey, pero no les hizo caso y la boda se celebró. El mismo autor de la murmuración fue obligado a colocar la corona sobre la cabeza de Elisa y tuvo la maldad de apretarla más de lo debido sobre la frente. Pero Elisa ni se dio cuenta, porque para ella no había otro tormento que el destino de sus hermanos. Aunque sus labios permanecieron mudos, pues una sola palabra les hubiera costado la vida, sus miradas testimoniaban la profunda afección que sentía por el buen rey, que no deseaba más que su felicidad.

Cada día ella le quería más; hubiera podido confiar en él y contarle sus sufrimientos, pero era necesario que se quedara callada para llevar a buen fin su obra.

De noche iba a escondidas a la pequeña habitación decorada como la caverna; allí terminó de hacer seis túnicas. Iba a empezar la séptima cuando se le terminó el hilo. Sabía ella muy bien que las únicas ortigas que servían eran las que crecían en los cementerios, pero debiendo arrancarlas ella misma. ¿Cómo le sería posible hacerlo?

—¡Ah!—pensaba.—¿Qué es el dolor de mis dedos en compa-

ración con el de mi corazón? Tendré que arriesgarlo todo; el buen Dios vendrá en mi ayuda.

Temblando como si fuera a cometer una mala acción, se deslizó a la luz de la luna en el jardín, recorrió las largas avenidas, atravesó las calles solitarias y llegó al cementerio. Allí vio, sobre una de las más grandes tumbas, una espantosa reunión de brujas que desenterraban cadáveres y les devoraban las carnes. Elisa se vio obligada a pasar delante de ellas; las brujas la siguieron con sus miradas infernales, pero la joven recitó sus oraciones, recogió las ardientes ortigas y regresó al castillo.

Pero uno de los cortesanos la vio; se convenció así de que su reina no era sino una bruja que había engañado al rey y a todo el pueblo. El rey tuvo pronto conocimiento de todo lo sucedido; dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas y le quedó el corazón despedazado por una cruel duda. Durante muchas noches fingió que dormía, pero veía a Elisa levantarse y la seguía silenciosamente hasta la pequeña habitación donde ella entraba.

El pobre rey se puso cada día más sombrío; la desdichada reina se daba cuenta de ello sin adivinar el motivo, y este disgusto aumentaba los sufrimientos que le causaba el estado de sus hermanos. Cayeron las lágrimas sobre los terciopelos y la púrpura como diamantes resplandecientes. Sin embargo, no se desalentó y continuó su trabajo; pronto no le faltó más que una sola túnica. Tenía que ir por última vez al cementerio a buscar ortigas y pensaba con angustia en ese viaje solitario y en las horribles brujas, pero su voluntad era tan firme como su confianza en Dios.

Una noche se puso en camino, pero el rey y el mal cortesano la siguieron, viéndola entrar en el cementerio, y más allá, a las brujas que consumaban su espantoso sacrilegio. El rey se volvió horrorizado, pensando que la cabeza que se había apoyado sobre su pecho pertenecía a uno de aquellos monstruos.

—¡Que el pueblo la juzgue!—exclamó.

Y el pueblo la condenó a la hoguera.

Arrancada de las espléndidas salas, la desdichada fue llevada a un calabozo horrible donde el viento soplaba a través de una ventana

con barrotes. En lugar de terciopelo y de sedas tuvo por almohada sólo el manojo de ortigas que acababa de recoger. Las túnicas ardientes tejidas por ella hubieron de servirle de cobija, y sin embargo, nada le parecía más agradable y reanudó su trabajo, rezando constantemente. En la espera, los niños entonaban por las calles canciones injuriosas hacia ella y no hubo un alma que tratara de consolarla con una palabra de afecto.

De repente, una tarde, un ala de cisne apareció cerca de la pequeña ventana; era el menor de sus hermanos, que logró encontrarla. Elisa se puso a sollozar de alegría, aunque la noche siguiente sería para ella la última, pero su trabajo estaba casi terminado y sus hermanos no estaban lejos.

Le enviaron un magistrado para que confesara sus crímenes. A la vista del hombre, Elisa sacudió la cabeza rogándole con la mirada y con los gestos que no insistiera. Ella debía, en esa última noche, acabar su obra, sin lo cual sus tormentos, sus lágrimas y sus largas vigiliias se perderían. El magistrado tuvo que retirarse, pues, profiriendo amenazas; pero Elisa, fuerte y escudada por su inocencia, continuó su trabajo.

Los ratoncitos le traían las ortigas hasta sus pies para ayudarla, y un mirlo, posado sobre los barrotes de la ventana, cantó toda la noche para prestarle valor.

Una hora antes de la salida del sol los once hermanos se presentaron en la puerta del castillo, solicitando ser llevados a presencia del rey. Les contestaron que no era posible; era todavía de noche, el rey dormía y nadie osaba despertarlo. Rogaron, amenazaron tanto, que tuvieron que ser llamados los guardias. El alboroto despertó al rey, que salió y preguntó qué pasaba; pero en ese mismo instante apareció el sol, los once hermanos desaparecieron y once cisnes salvajes alzaron el vuelo sobre el castillo.

La muchedumbre corrió hasta las puertas de la ciudad para ver quemar a la bruja. Un caballo escuálido tiraba de la carreta donde ella iba sentada, envuelta en un manto de burda tela. Su larga y bella cabellera caía sobre sus hombros, cubría sus mejillas una palidez mortal y sus labios se agitaban dulcemente, mientras sus dedos seguían trabajando la hilaza verde. Ya estaba camino de la muerte, pero no quiso interrumpir su trabajo. Diez túnicas se hallaban a sus pies y estaba por dar término a la undécima.

El populacho se burlaba de ella y la insultaba.

—¡Miren cómo refunfuña la bruja! ¡No es un libro de oraciones lo que tiene en sus manos! Continúa sus maleficios hasta el último momento. ¡Vamos a arrancarle ese maldito tejido para romperlo en mil pedazos!

Y manos brutales iban a posarse en la desdichada, cuando aparecieron los once cisnes, que se colocaron alrededor de ella, sobre la carreta, agitando sus grandes alas. La muchedumbre se retiró espantada.

—Es un aviso del cielo; quizá sea inocente—murmuraron algunos.

Pero nadie se atrevió a repetir estas palabras en voz alta. Pero en el momento en que el verdugo tomaba la mano de la víctima, ella arrojó rápidamente las once túnicas sobre los cisnes, que en el mismo instante se transformaron en once hermosos príncipes. El más joven quedó con una ala en lugar de un brazo porque una de las mangas de la última túnica no estaba terminada del todo.

—Ahora sí que puedo hablar—exclamó la feliz hermana—: ¡sepan todos que soy inocente!

Y el pueblo admirado por el portento, se inclinó delante de ella como ante una santa; pero la reina no pudo sobreponerse a tantas emociones y cayó desvanecida en brazos de sus hermanos.

—¡Sí, es inocente!—dijo el mayor de ellos.

Mientras hablaba relatando todo lo ocurrido, se expandía alrededor un perfume semejante al de miles de rosas, porque de repente todos los trozos de madera que formaban la hoguera cercana habían echado raíces y rápidamente se cubrían de hojas y flores. El lugar del suplicio se transformó en un matorral tupido de rosales rojos, encima de los cuales resplandecía una flor blanca como una estrella. El rey tomó esa flor y la colocó sobre el corazón de Elisa, quien volvió en sí y mostró en su rostro la expresión de la paz y de la felicidad.

Todas las campanas de las iglesias repicaron por sí solas; los pájaros volaron en bandadas alegres, y jamás rey alguno tuvo un séquito como el que acompañó a los jóvenes esposos hasta el castillo.

*Hans Christian Andersen.*



## NUBES Y OLAS

—“Madre, los que viven allá arriba en las nubes, me gritan:” “¡Oye, jugamos desde que empieza hasta que acaba el día; jugamos con la aurora de oro y con la luna de plata!” Yo les pregunto: “¿Pero cómo voy a subir hasta dónde estáis vosotros, tan alto?” Y me contestan: “¡Vente

hasta el borde de la tierra, alza las manos al cielo y te levantaremos con las nubes!”

“¡Mi madre me está aguardando en casa!” digo yo, “¿Cómo voy a dejarla y subir?” Y ellos se sonríen y pasan flotando...

Pero yo sé un juego más bonito que ése, madre. Mira; yo seré la nube y tú serás la luna. Te taparé con mis dos manos y el techo será nuestro cielo azul.

Los que viven en las olas me gritan: “¡Cantamos desde el amanecer hasta la noche; vamos más y más allá siempre y no sabemos dónde vamos!” Yo les pregunto:

“¿Pero cómo podré irme tan lejos con vosotros?” Me responden: “¡Vente a la orilla del mar, aprieta bien los ojos, espera y te arrastraremos con las olas!” Yo les digo: “Mi madre no quiere nunca que salga anochecido. ¿Cómo voy a dejarla y huir?” Y ellos se sonríen y pasan bailando...

Pero yo sé un juego mejor que ése, madre. Yo seré la ola y tú serás la playa desconocida. Me echaré a rodar y a rodar, y romperé riéndome en tu pecho.

¡Y nadie sabrá en el mundo dónde estaremos tú y yo!”



LA VIRGEN, EL NIÑO Y SAN JUAN

Pintado por Botticelli

## RESULTADO DEL CONCURSO DE DIBUJOS Y COMPOSICIONES

Dos premios de ₡ 25.00 cada uno.  
Correspondieron a los niños:

Ana Noemy Sánchez  
*Escuela de San Juan Sur de Turrialba*  
Cecilia Ugalde  
*Escuela José Figueres, Mercedes, Heredia*

Dos premios de ₡ 10.00 cada uno.  
Corresponden a los niños:

Flor de María Calderón, V Grado  
*Escuela América, San José*  
Maritza Segura Castro  
*Escuela República Argentina, San José*

Seis premios de ₡ 5,00 cada uno.  
Corresponden a los niños:

Carlos Baltodano, *Alajuela*  
Jorge Luis Fernández Herrera, I Grado  
*Escuela de Bethel de Ario, Puntarenas*  
Silvia María Monge, V Grado  
*Escuela Julián Volio, El Carmen, Cartago*  
Víctor Raúl Vargas  
*Escuela J. Lizano, Heredia*  
Marco Aurelio Zamora, VI Grado  
*Escuela John Rockefeller, Turrialba*  
Narciso Sotomayor  
*Escuela de Arizona, Abangares*

Los obsequios corresponden a los niños:

Deyanira Gamboa, V Grado  
*Escuela Fernando Valverde, General Viejo*  
Ana Cecilia Vargas Arias, V Grado  
*Escuela América, San José*  
Rigoberto Vargas Mena  
*Escuela de San Joaquín, Heredia*  
Fredy Barahona, III Grado  
*Escuela John Rockefeller, Turrialba*  
Orlando Monge, VI Grado  
*Escuela de San Pablo de Turruabares*

Luis Gerardo Gamboa  
*Heredia*

Cándido Ruiz, V Grado  
*Escuela José María Zeledón,  
Canjel de Puntarenas*

Guillermo Arroyo G., V Grado  
*Escuela de San Pablo de Turruabares*

María Palma Vega  
*Escuela Unión Ferrer, Guanacaste*

Carmen Marín Solano, VI Grado  
*Escuela de Arizona, Abangares*

Froilán Murillo Murillo, IV Grado  
*Escuela de Bagaces, Guanacaste*

Flora Rodríguez Zelaya, VI Grado  
*Escuela Rafael Moya, Heredia*

Manuel Enrique Barahona  
*Escuela John Rockefeller, Turrialba*

José María Campos J.  
*San Josecito de Alajuela*

Carlos Luis Arias Elizondo, II Grado  
*Escuela Unión Ferrer, Guanacaste*

Bertilia Sánchez Hernández, VI Grado  
*Escuela Mixta de Guápiles*

Marcos Cubero Fernández, III Grado  
*Escuela de Sabalito, Cañas Gordas*

Vilma Cecilia Marín  
*Escuela de San Rafael, Heredia*

Carmen Rosa Rivas, VI Grado  
*Escuela Carlos Miller,  
Pueblo Viejo de Nicoya*

Wilfrido Cordero Leiva  
*Escuela de General Viejo, Pérez Zeledón*

Damaris Herrera, IV Grado  
*Escuela de Puerto Humo*

Argentina Rizo  
*Escuela Ricardo Jiménez, San José.*

Omar Moreno Fajardo  
*Escuela Gil Gozález Dávila,  
La Vigía de Nicoya*

Esperanza Castro Brenes, VI Grado  
*Escuela Primo Vargas, Orotina*

José Joaquín Solano Alfaro, III Grado  
*Escuela de San Juan Sur, Turrialba*

Daisy Mora Castro, IV Crado  
*Escuela de San Juan Sur, Turrialba*

## PARECE UN CUENTO, PERO ES VERDAD

Para los inteligentes lectores de "Farolito" con cariño dedicamos esta humilde historia.

Este bello rinconcito, mecido por las brisas del anchuroso Tempisque, que ocupa un lugar en el mapa de Costa Rica, era anteriormente una villa, y llevaba el nombre de "Siete Cueros". Aparece luego, un preclaro hijo del Cantón de Bagaces, quien encariñado a la villa, sugiere a los moradores de aquella época, que cambien el nombre de "Siete Cueros por el de Filadelfia."

Pero no concluye aquí su historia...

En el año de 1947 llega al Congreso Constitucional de la República un distinguido profesor guanacasteco, don Rodolfo Salazar Solórzano, quien como Representante del Cantón Carrillo, propone ante la Sala Diputadil que la Villa de Filadelfia se erija en ciudad.

Tan grande, como buena idea fue acogida unánimemente por los diputados de aquel año, y quedó firme y ratificado el 9 de Junio de 1947.

Al cumplir nuestra ciudad el décimo aniversario de tan justa erección, hacemos votos fervientes por su prosperidad material y cultural.

Alumnos III grado A. Esc. de Filadelfia

Filadelfia, 12 de Junio de 1957.



## NANA

Duérmete niño mío  
 flor de mi sangre  
 lucero custodiado  
 luz caminante.

Si las sombras se alargan  
 sobre los árboles  
 detrás de cada tronco  
 combate un ángel.

Si las estrellas bajan  
 para mirarte  
 detrás de cada estrella  
 camina un ángel.

Si la nieve descansa  
 sobre tu carne  
 detrás de cada copo  
 solloza un ángel.

Tendrá el sueño en tus ojos  
 sitio bastante?  
 Duerme recién nacido  
 pan de mi carne.

Lucero custodiado  
 luz caminante.  
 duerme, que calle el viento...  
 dile que calle.

*Luis Rosales*